

EL DISCURSO OFICIAL Y SUS VAIVENES

Víctor Meza

A raíz de la reciente visita de una delegación de alto nivel de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), el gobierno parece que volvió a endurecer un tanto el discurso presidencial, insistiendo en advertir a sus críticos radicados en Washington que el gobierno actual no comparte y, por lo mismo, rechaza el cuestionamiento severo de sus políticas de seguridad. Somos un país pobre y pequeño, pero muy digno, dijo el gobernante, y no estamos dispuestos a permitir que objeten nuestras decisiones en cuanto al uso de los militares en tareas de seguridad pública. Más o menos ese fue el significado de la inesperada advertencia, hecha, además, desde las instalaciones de un cuartel militar, como quien dice para que tenga más fuerza e impacto.

Desde el mes de agosto, luego del masivo éxodo infantil hacia la frontera sur de los Estados Unidos y, sobre todo, después del duro reclamo hecho en Washington a los gobiernos del Triángulo norte por contribuir con su negligencia a crear la “crisis humanitaria” que conmocionó a la población norteamericana, el discurso presidencial, otrora desafiante y provocador, empezó a adquirir un tono más mesurado y conciliador. El gobernante volvió a su natural cortesía y moderación, mostrando un sentido más pragmático y sensato de lo que los entendidos llaman la “real politik”.

Pero parece que la moderación no duró mucho. El airado reclamo ante sus críticos, la mayoría de ellos alojados en los salones del Congreso (Senado y Cámara de Representantes) de los Estados Unidos, muestra un indebido retorno a la antigua retórica. Da la impresión que al Presidente le han incomodado mucho los cuestionamientos a su tendencia a militarizar el sector seguridad, realizados por varios legisladores estadounidenses y numerosas organizaciones no gubernamentales que vigilan y analizan de cerca la política exterior de Washington hacia América Latina.

Y es que, en efecto, las críticas hacia la militarización – en estricto sentido deberíamos hablar más bien de remilitarización – van en aumento y cada vez son más los actores que, con fundamento histórico y abundante respaldo documental, cuestionan esa política y advierten sobre sus peligrosos resultados en materia de abusos de poder y violación a los derechos humanos. La propia Misión de la CIDH acaba de emitir un importante comunicado de prensa en el que señala y alerta sobre estos hechos.

El gobierno de los Estados Unidos, al menos oficialmente, ha dicho no estar de acuerdo con la conversión artificial de los soldados en policías, asignándoles a los

primeros las funciones de asegurar el orden público que, en esencia, son tarea básica de los segundos. Pero, como suele decirse, del dicho al hecho hay mucho trecho.

Hay quienes creen que la política norteamericana está adquiriendo un necesario sesgo hacia la priorización de las políticas de prevención y la reformulación de los modelos de relacionamiento entre la policía y la comunidad. Este leve giro se acentúa, sobre todo, después de la llamada “crisis humanitaria”, generada a partir de la masiva irrupción de los niños emigrantes a las puertas del territorio estadounidense en los meses de julio y agosto de este año. El inesperado éxodo habría actuado como una especie de aldabonazo para hacer comprender a los más empecinados que sin prevención real y sin acercamiento a las comunidades, las políticas de seguridad en los países del Triángulo norte no tienen opción de éxito. Es preciso atacar los llamados “factores de riesgo” en el lugar de los hechos, es decir en Centroamérica, para reducir los crecientes flujos migratorios hacia el norte. No hay otra salida viable. Pragmatismo puro.

Y si esto es así, la remilitarización no tiene futuro. Crecerá el número de críticos y generará cada vez más y mayores resistencias y anticuerpos, tanto aquí como allá. La frustrada intentona parlamentaria de elevar a rango constitucional a la Policía Militar, en la reciente reunión del Congreso Nacional en Choluteca, es una buena prueba de lo que estamos afirmando. Por lo tanto, más vale corregir a tiempo que lamentarse después.